



REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

LUIS TABOADA

Doña Úrsula, la austera.

FÉLIX CUQUERELLA

Tú, rie.

CLEMENTE DE CASTRO

La negra casualidad.

JACINTO CARMÍN

La credulidad.

JULIO MATA

El espíritu.

FERNANDO AMADO

La mirada terrible.

MARIANO DEL TODO Y

HERRERO

Anticipos.

LUIS DE OSSA

Supersticiosa.

JULIO S. ESCOVAR

Las pícaras cabras.

TOVAR, DEMETRIO y ALFONSO

Caricaturas varias y retrato de

La Rossalba.



LA ROSSALBA

Que aparecerá pronto en Romea con sus danzas muy originales y será la «cara bonita» de la temporada.

5 cénts.



Á UN NUEVO DON JUAN TENORIO,
DE APELLIDO BIEN NOTORIO...

Me han dicho que un corazón
en el que aun arde el rescoldo
de la erótica pasión,
con terrible combustión
se incendia por ti, Leopoldo.

No me extraña eso, pues eres
un precioso "bibelote,"
para que muchas mujeres
quieran gozar los placeres
con tan lindo monigote.

Tu figurilla y tu cara
son muy suficientes para
que por ti se vuelvan locas,
y hay más de una que declara
que, si bebes, las provocas.

Y eso sí que no es verdad,
pues yo te he visto beber
con toda tranquilidad
bastantes veces, sin ser
víctima de la ebriedad.

¿Tú andar con provocaciones?
¡Vamos, eso sí que nones!...
Yo te he visto, ¡qué demonio!,
resistir más tentaciones
que en el yermo San Antonio.

Hombre más casto que tú,
"face á face," con las bellas,
no lo hay, ¡voto á Belcebú!...
¡Si yo te he visto huir de ellas
como si fuesen el bu!...

Recuerdo, es más, que hace poco
de una huiste medio loco
cual un chiquillo que tiene
por la noche miedo al coco
y al cual le dicen: "¡Que viene!"

Por lo cual yo certifico
que, cuando esas que por cobre

dan amor, dicen: "¡Qué rico
debe de ser ese chico!,"
tú les contestas: "¡Qué pobre!"

Quando estuviste en Sevilla,
de paso para Melilla,
pudiste ser un donjuán
por eso del "qué dirán,"
ó lo de "la negra honrilla."

Mas no lo quisiste ser,
y preferiste beber
uno y otro y otro *chato*,
sin miedo á que la mujer
te creyese algún pazguato.

Y (¡el recordarlo me aterrará!)
cuando en la africana tierra
la tropa, formada en haz,
con el moro estaba en guerra,
¡tú fuiste un moro de paz!

Pero beber es vivir,
y obraste muy cuerdamente,
pues te ahorras hoy de decir:
"¡Sevilla! ¡Guadalquivir!
¡cuál atormentáis mi mente!"

¿Que, á pesar de que no quieres
"seducir," á las mujeres,
pasas por *tenorio*? ¿Y qué?
Si eres donjuanesco, lo eres
per áccidens... ¡no per tel

Deja, pues, que un corazón
en donde aun arde el rescoldo
de la inextinta pasión,
con terrible combustión
se incendie por ti, Leopoldo.

Tú prosigue en tu papel
de hombre honesto, puro y fiel,
y, lavándote las manos,
dí: "Ahora, ¡que los sevillanos
se las compongan con él!..."

Carlos Miranda.

DOÑA URSULA, LA AUSTERA⁽¹⁾

LA exagerada rigidez de costumbres de doña Úrsula turbaba en más de una ocasión la dicha de los esposos.

Doña Úrsula había consentido á regañadientes que su hija Laura contrajese matrimonio con el joven Rudesindo, modelo de fidelidad conyugal y uno de los hombres más vehementes del Planeta.

Para Rudesindo no había más afanes ni más distracciones en este mundo que el amor de su esposa. A la hora de comer, á la de almorzar, á la de acostarse, Rudesindo se entregaba con fruición á la dicha inmensa de acariciar á su Laurita.

—Vida mía, ¿me quieres? Angel de mi existencia, ¿piensas en mí? ¿Me olvidarás, Laurita de mi corazón?

Estas y otras preguntas constituían la obsesión del esposo amante; y doña Úrsula,

dechado de virtud, espejo de viudas inconsolables y modelo de continencia, fruncía el ceño y exclamaba con acento de amarga reconvención:

—¡Por Dios, Rudesindo! ¡Que estoy yo



La señora.—Si te pregunta que quién te ha dado la carta, le dices que una señora bastante guapa.

El Piri.—Eso de guapa me lo apunta usted, no sea que se me olvide.



—Sí, en seguidita, y... en mitad de la calle. ¡Miren el caprichoso!

delante! Debes comprender que hay cosas que no deben decirse en presencia de la servidumbre. Cada vez que pronuncias una de esas palabras melosas la doncella se ruboriza.

—No lo puedo remediar, mamá—contestaba el esposo apasionado clavando los ojos en los de su mujer.

—Mi marido, que de Dios goce, no era así—seguía diciendo doña Úrsula—. Verdad es que aunque lo fuese, yo no le hubiera consentido ciertos excesos. El matrimonio no lo ha instituido la Santa Madre Iglesia para el amor exclusivamente. No, Rudesindo: hay que pensar en cosas más elevadas... ¡Ay! Mi esposo nunca se atrevió á estrechar—

(1) Cuento inédito de Luis Taboada.

me el talle sin obtener antes mi permiso. Durante toda la Cuaresma, lo más que hacía era pasarme la mano por la cara y apretarme el antebrazo con efusión.

Ante las reiteradas amonestaciones de la mamá, la misma Laura llegó á decir á su esposo:

—Rudesindo, yo te quiero mucho; pero llevo á creer que abusamos del amor. ¿Será pecado que me hagas tantas caricias?

La situación del esposo iba haciéndose insoportable, y en su deseo de rehuir las miradas siempre severas de doña Ursula,

método; eso lo dicen todas las personas sensatas.

—¿Quién es capaz de poner puertas al campo, ni quién osaría limitar el número de besos que se dan los gorriones? Mira, Laura de mi corazón, mira cómo gorjean los jilgueros. ¿Sabes lo que se dicen? Pues dicen que se adoran; que el mundo lo ha hecho Dios para el placer y que desean tener muchos jilguerillos.

—¡Picaruelo! ¡Gitano!

—¡Feucha!

Y Laura concluía por poner los ojos en blanco y exclamar agarrándose á su maridito:

—Diga lo que quiera mamá, yo soy muy feliz cuando me acaricias, y reconozco la razón que tienen los jilgueros y los gorriones.

A doña Ursula le molestaba grandemente que su hija no imitara la austeridad de su conducta ni siquiera sus preceptos rigoristas. Sobre todas las cosas del mundo, doña Ursula aborrecía el teatro, y hubiera querido que su hija fuese de su misma opinión; pero ésta, obedeciendo las indicaciones de su marido, asistía con él á Apolo, á la Zarzuela, á Lara, al Cómico...

—Sabe Dios las cosas que veréis en esos sitios—exclamaba doña Ursula, cubriéndose la cara con ambas manos.

—No oirán nada bueno—añadía don Simeón, un aniguu amigo de la familia, que visitaba la casa con mucha frecuencia y era, puede decirse, el consejero áulico de la viuda.

Cierta noche en que el matrimonio volvía del teatro donde tiene su trono la inimitable Loreto, Rudesindo recibió con júbilo la noticia de que su mamá política se hallaba indispuesta. Laura, por su parte, se dirigió corriendo á la alcoba de la mamá.

Al quedarse solo, Rudesindo se puso á pensar:

—No, no querrá la Providencia librarme de doña Ursula... Su indisposición será cosa pasajera. Por lo mismo que me haría un gran beneficio si se la llevara Dios, vivirá muchos años para darme guerra... Es

EN LA «COMI»



—¡Aquí, donde usted la ve, me engaña

—El que quiere engañarme es usted á mí.

decidió irse de paseo con Laurita por las afueras de Madrid. Allá, lejos de la inspección tiránica de la suegra, podía acariciar libremente á su mujer.

—Ahora que no nos oye tu madre, repíteme que me quieres mucho—la decía estrechando su brazo contra el suyo y abrazándola con el fuego de sus ojos.

—Sí, Rudesindín, te quiero muchísimo, aunque conozco que tiene razón mamá: Dios no puede ver con buenos ojos nuestra vehemencia amorosa. Es necesario refrenar las pasiones. Ya has oído á mamá: la Iglesia manda que los matrimonios piensen en cosas mas elevadas.

—Jesucristo ha ensalzado el amor.

—Corriente; pero hay que amarse con

ANIMALADAS



—Lili; le tiraríá á usted un bocado.

—Y yo á usted se lo pondría.

joven todavía, come como un buitre, duerme como un fardo y no recuerdo que haya tenido en toda su vida un mal dolor de cabeza... Sí, sí: voy á tener suegra para rato.

Laura no volvía.

—¿Que habrá pasado?—preguntábase Rudensido—. Si yo me atreviera...

—Iba á dirigirse al cuarto de doña Ursula para enterarse de lo sucedido, cuando apareció Laura en el umbral de la puerta.

—¿Qué hay?—preguntó Rudensido—. Vienes alterada. ¿Tu mamá?...

—No corre peligro—contestó Laura bajando los ojos.

—Vámonos á acostar.

—Pero...—añadió Rudensido tratando de saber lo que pasaba.

La joven esposa comenzó á desnudarse silenciosamente; pero era tal su agitación, que Rudensido no pudo menos de preguntar otra vez:

—Vamos, di la verdad: ¿qué ocurre?

—Pues ocurre...—contestó Laura bajando los ojos.

—¿Qué?

—Que mamá... ha dado á luz.

Luis Taboada.

¡TÚ RÍE!

¡Oh, tú, divina histérica,
Reina, y Mujer, y Diosa!...

La que ayer me decía
riendo de placer como una loca:

“Amame hasta morir, ¿oyes? y dame
la sangre de tu vida gota á gota!...”

Sí, sí, divina histérica:

tuya es mi sangre toda;

que en los himnos pujantes de armonía

que nuestros cuerpos al Placer entonan

la voy dejando entre tus muslos tersos,

entre tu seno seda y color rosa,

entre tus manos mágicas

y en el rojo capullo de tu boca.

Si te amo como te amo

y creo que me adoras,

¿qué importa que mi vida

se inmole ante tu carner Di, ¿qué importa?

¡Tú ríe de placer, divina histérica;

tú ríe de placer como una loca!...

Félix Cuquerella.



Ella.—Lo que yo quiero es un trocito de raso negro.

El.—Entre los retales tengo un pedazo así

Ella.—¡Qué lástima; yo necesito más!

LA NEGRA CASUALIDAD

Para Antonio de Lezama.



LULÚ—que, como irán ustedes viendo á medida que lean, nada tiene que ver con la gentil cupletista que se anuncia con este mismo nombre—es la desnudable que estuvo más de moda en Madrid el invierno pasado... Es aquella—lo recordarán todos

lo largo de sus espaldas blanquísimas, coloreadas por el frío; sus brazos tiemblan, sus cabellos húmedos forman sobre sus hombros una red tupidísima de hilillos dorados; bajo la luz tamizada que penetra á través de los visillos azules de la ventana, su epidermis tiene los deslumbrantes reflejos de la nieve no hollada...

La blancura de su cuerpo es proverbial; cuando sus íntimos quieren expresarla blancura de algo, no se valen de la comparación vulgar "más blanco que la leche", sino que dicen: "Más blanco que Lulú..."

Esta particularidad de la linda rubia, como antes al empresario patizambo, había inflamado la imaginación y despertado la curiosidad del viejo marqués K. que durante su larga permanencia en Amberes tuvo tiempo de aficionarse á las rubias bellezas holandesas. El marqués, que, como todo aristócrata libertino acostumbrado á no regatear el precio de sus placeres, es exigente, había procurado informarse de las secretas perfecciones de Lulú; de lo que le dijeron resultó que la joven era más blanca que la luz y más hermosa que el mes de Abril cargado de flores, según la feliz comparación del poeta.

Aquellos datos hicieron que sus deseos tocasen arrebató; K. y Lulú se conocieron la otra noche en Apolo, á última hora, merced á la caritativa intervención de una florista que llevó al palco de la bailarina, en nombre del marqués, un ramo de flores.

K. y Lulú hablaron un momento á la salida del teatro.

- ¿Nos veremos mañana?
- No hay inconveniente.
- ¿Cuándo?
- A las ocho de la noche.
- ¿Dónde?



Ella (muy nerviosa).—¡Dichosa pulga!... ¡Nada, que ya no me la encuentro!

El (filosóficamente).—¡Lo mismo me pasa á mí!

ustedes—á quien un empresario de varietés que tiene las piernas torcidas, atraído por su belleza y espoleado por los desaires que en varias ocasiones le había hecho, ofreció, con resultado negativo, cuatro mil pesetas si le concedía su atención una noche...

Lulú, la gentil pecadora que supo despreciar al empresario patizambo y demostrar así su buen gusto, es una chica distinguida y tiene, entre otras costumbres refinadas, la de bañarse todas las mañanas.

Cuando Lulú sale del baño, las gotas de agua resbalan por sus senos de mármol y á

—Usted manda. Donde usted diga.

—Muy bien: en mi casa; soy soltero y vivo solo. La mandaré á usted el coche.

Y se despidieron, fortaleciendo lo prometido con un apretón de manos y una sonrisa.

Lulú lee en el baño las cartas que la lleva el correo de la mañana; las cartas deliciosas que hablan de amor, ofreciendo nuevas citas, encerrando entre sus pliegues billetes del Banco y entradas de teatro; y Lulú las lee sonriendo, apartando los cabellos que se desploman sobre su frente, secando con el dorso de la mano las gotas de agua que la cierran los párpados.

Al día siguiente de conocer al marqués recibió

una carta en que éste la saludaba, deseándole un buen día y recordándole la cita que tenían pendiente para aquella misma noche.

Lulú, deseando corresponder cumplidamente á tanta fineza, llamó á su doncella.

—Trae papel y pluma—dijo.

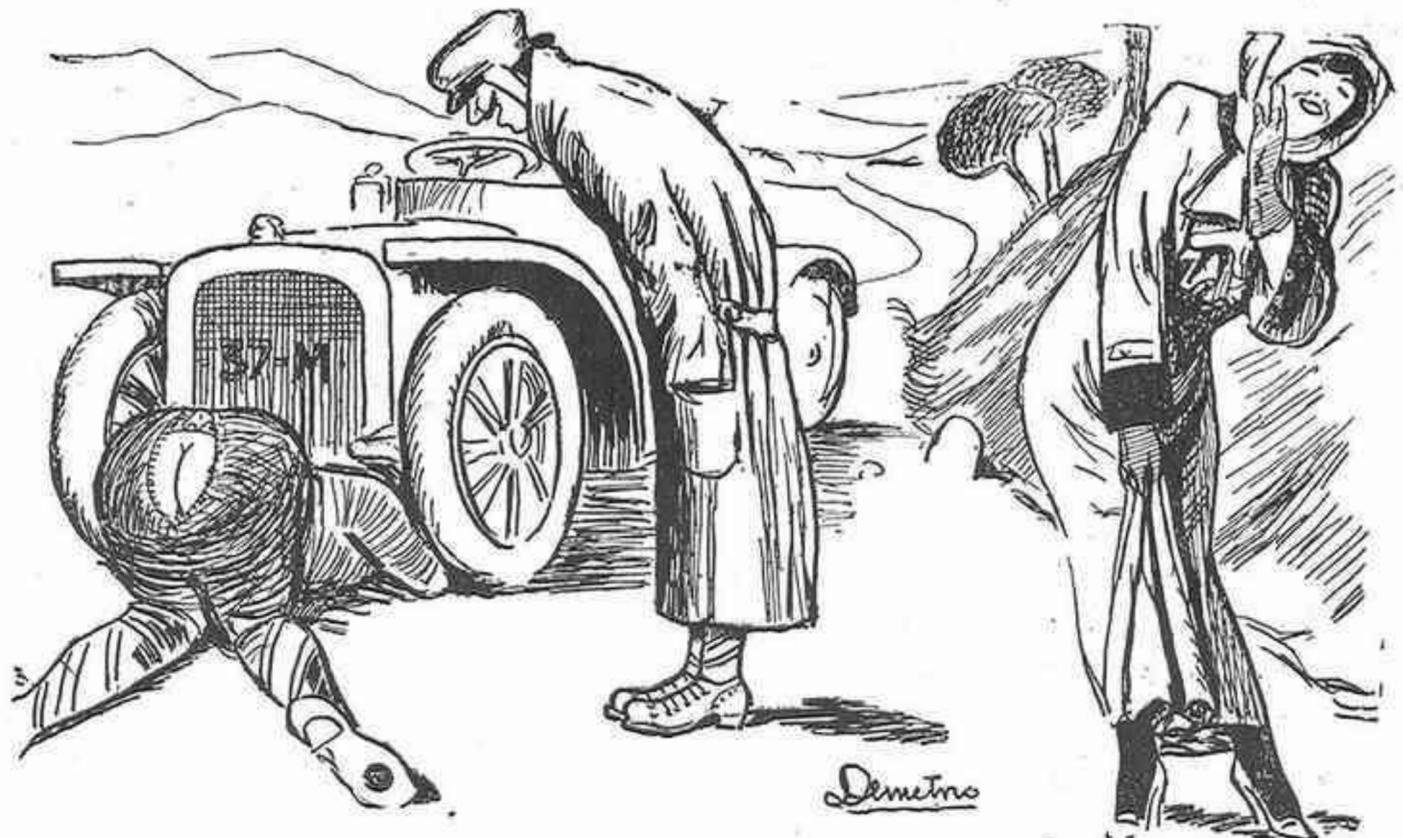
Quería contestar al marqués, mostrándose también interesada por él.

Y empezó á escribir, sacando su brazo, su delicioso brazo derecho, desnudo, fuera del baño.

En el silencio del cuarto sólo resonaba el inquieto *ris-ras* de la pluma. De pronto, al gato de Lulú, un gato de pecadora, grande, lucio, dormilón, que atisbaba las operaciones de su dueña desde lo alto de un lavabo, le llamaron la atención las series de puntitos negros que iban manchando la blancura del papel, y repentinamente, de un brinco, fué á colocarse sobre los hombros de su ama; ésta hizo un brusco movimiento y... ¡zas!... el tintero, un gran tintero de plata que contenía

más de medio litro de tinta, cayó dentro del baño, y el agua que tó negra, y la pobre Lulú perdió su blancura de jazmín.

Aquella noche, Lulú y su anciano adorador se vieron á solas, y éste sufrió una desilusión horrible: sus amigos le habían engañado: la joven no era tan blanca como la fa-



—No te canses, Juan; la avería está por atrás.

ma pregonaba. Y ya saben ustedes por qué Lulú y el marqués de K. no han vuelto á verse más...

Clemente de Castro.



PLATOS PARA DEBILITADOS

Huevos á la Mesalina.

Cuézanse tres alcachofas grandes en agua con sal y el jugo de un limón. Cuando están á medio cocer se las despoja de las hojas, dejando que acaben de cocer los cogollos en manteca.

Una vez cocidos se bañan en un puré de setas, y sobre ellos, bien aplanados, se colocan los huevos estrellados, llevándolos al horno recubiertos de queso rayado, dando la preferencia al Gruyere. Se retiran en cuanto comienzan á tomar el color dorado.

LA CREDULIDAD



La credulidad es una virtud para alcanzar puesto en el Limbo, lugar de candidez é inocencia, no para vivir en este fétido mundo, donde hay que ser desconfiado y muy listo.

Un hombre crédulo estará en camino de la eterna bienaventuranza; pero también será refugio de todos los duros sevillanos

en éste hay que lamentar una gran diferencia de edades.

Crédulo hasta las profundidades de la *dura máter* fué siempre don Patricio de la Fuentecilla, ex concejal—¡y ya es raro encontrar un miligramo de credulidad en un edil!—y por crédulo se casó á los cincuenta años con una doncella de veinte que era un modelo de candor y de buenas formas.

Don Patricio creyó que su mujer le amaba aunque sólo fuera filialmente, y su vejez empezó á deslizarse crédula y tranquila; mas, ¡ay!, que no se puede creer en el amor de una esposa cuando ésta se halla en la plenitud de la hermosura, llena de apetitos y encadenada á un yugo matrimonial con treinta años de diferencia entre uno y otro cónyuge.

Elena comenzó á derivar á un lado de la senda del deber, si bien mentalmente, y el ilustre don Patricio, atribuyendo su mal humor á causas nerviosas, decidióse á someterla á un tratamiento médico de excelentes consecuencias en algunos casos: la ducha.

No dió esto buen resultado; mejor dicho, no dió ninguno: Elena empeoraba por instantes, el nido conyugal era un pequeño valle de lágrimas y el pobre ex concejal devanábase los sesos en busca de un remedio que pusiese fin á la dolencia de su esposa, á quien la santa credulidad le hacía ser presa de un desequilibrio orgánico misterioso.

De la noche á la mañana cambió todo: Elena mejoró bruscamente, el hogar alegróse de nuevo y don Patricio dió gracias á varios santos de su devoción por aquel feliz regreso de salud al cuerpo de su costilla. Crédulo, como siempre, atribuyó la repentina curación á otro misterio del organismo.

Las mujeres tienen siempre á mano su misterio orgánico que las libra de toda sospecha.

Don Patricio no pudo por menos de regocijarse ante la salud que tan briosamente entraba en el cuerpo de su mujer, alegrando su espíritu.

—¡No sabes qué contento estoy, mujercita mía!—díjole una noche.

—¿Sí?

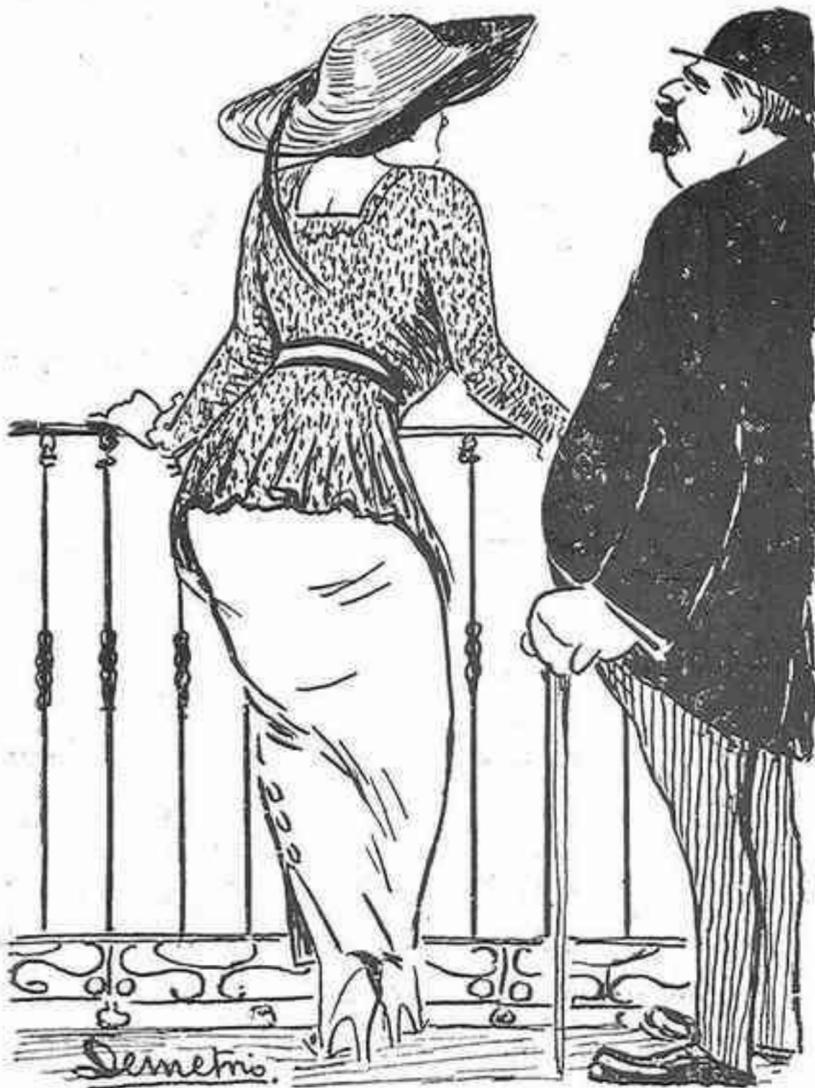
—Sí. ¡Te lo juro!

—¿Y por qué?

—Porque te veo más guapa, más risueña, más lozana...

—¿Y te interesa este cambio tan completo?

—No ha de interesarme... ¿Quién puede alegrarse de tu salud más que yo?



Él.—El cuarto es bonito; pero está muy alto, porque por la noche caeré rendido en la cama.

Ella.—¡Qué barbaridad! Como si tú hicieras un trabajo extraordinario cuando caes en la cama.

nos de las cercanías; le t'marán por el procedimiento del entierro, del portugués y de otros no menos nobilísimos, y esperará lleno de ilusiones á que le toque el premio gordo de la Lotería Nacional! ¿No hagan senador vitalicio cuando suban al Poder "los suyos,"

Donde mayores peligros ofrece la credulidad es en el matrimonio, sobre todo cuando

MARIDO EMBUSTERO



La doncella.—Sí, sí la ví por la cerradura discutir con el señorito; pero él quedó encima.

La señora.—Perfectamente; pero como pudiste ver, no me entraron las bolas que quería meterme.

—Yo, por ejemplo.

Una mañana, hallándose Elena en el baño, ocurriósele á don Patricio entrar en el castísimo dormitorio de su esposa, donde todo era paz é inocencia; súbitamente lanzó un grito entrecortado y echóse ambas manos á la cabeza como para ahogar en germen un terrible peso... Sobre el lecho, revuelto y ya frío, había una corbata completamente masculina. La credulidad del ex concejal tembló sobre sus sólidos cimientos y estuvo á punto de derrumbarse; dos ó tres vigas poderosísimas impidieron el hundimiento. Don Patricio pensó que acaso fuese aquel hallazgo producto de una casualidad sin sombra de pecado, y llamó á la doncella de su mujer.

—Esta corbata... ¿Qué significa esta corbata?—hubo de balbucear el noble señor, lleno de amargas dudas, mientras la doncella le contemplaba con aire confuso.

—¿No me contesta usted? ¿No sabe usted nada?—repitió don Patricio con su credulidad en nuevo é inminente peligro de derrumbamiento.

La doncella sonrojóse hechiceramente, y respondióle en voz baja:

—Esa corbata es para mi novio... La compré ayer para regalársela mañana, día de su

santo, y se la traje á la señorita para que me diese su opinión... Se conoce que me la dejé olvidada...

—Ya lo creo que se conoce—replicó don Patricio calmándose sensiblemente y saliendo del dormitorio.

Cuando su mujer y él se reunieron en el comedor, contó el ex magistrado lo ocurrido y ambos se rieron de bonísima gana.

—¡Qué disgusto si yo hubiera sido desconfiado!—exclamó don Prudencio en pleno acceso de hilaridad—. ¡Una corbata de hombre en tu cama!... ¿Cabrá mayor prueba de adulterio? ¿Podría seguir teniendo confianza en ti?... Indudablemente hay que ser crédulo.

—¡Ay, esposo mío!—observó Elena sonriendo—. Si todos los maridos estuvieran hechos á tu imagen y semejanza, no una corbata simple, sino toda una muda interior de caballero sería obra de la casualidad. Por lo demás descuida: procuraré tener otro día la memoria suficiente para devolver á su dueño cualquier prenda que someta á mi examen. Ninguna mujer debe descansar en la credulidad de su marido.

Así me lo refirió anoche en el café de la Paz el propio ex concejal en otro acceso de su impertérrita credulidad.

Jacinto Carmin.



—Te estás quedando muy delgada. Tú necesitas Kola, mucha Kola...

—¡Si! Eso es lo que estoy pidiendo hace mucho tiempo.

EL ESPIRITU

A los espiritistas del Ateneo.

M Tenorio—decía Zorrilla cuando le hablaban de algún mozo reñidor y hurtador de doncellas—sigue haciendo víctimas...”

Y otro tanto podrían decir Allankardec si levantase la destornillada cabeza,



Ella.—Pero, hombre, ten paciencia. ¿Qué culpa tiene el niño de haber venido al mundo?

Él.—¡Por mí, que se vaya por donde ha venido!

y Flammarión si dejase de mirar al cielo para ver los estragos que sus teorías espiritistas continúan haciendo por este bajo mundo.

Los espiritistas, en general, y los espiritistas casados, especialmente, son deliciosos. Ellos por nada se arredran. Se trata, verbi-

gracia, de invocar la sombra de Víctor Hugo ó para que explique esto ó aquello por intercesión del *medium*; si éste escribe, nadie puede dudar de que es el mismísimo Hugo quien le mueve la mano; si no lo hace es que el espíritu del gran hombre anda distraído en otra parte, ó tiene sueño... ó no le da la gana de venir; más no por ello se dan por vencidos ni ponen en tela de juicio la posibilidad de que los espíritus hablen con nosotros. En los primeros días del mes actual hubo en un aristocrático hotelito de Neris una aparición ultramundana estupenda.

M. D., bolsista, había salido de su casa para París con el santo propósito de hacer no sé qué compras para su señora.

Esta, en cuanto el esposo (que, como verá el malicioso lector que siga leyendo, es un bendito) traspuso la esquina, su cónyuge salió al jardín del hotel para recibir á su amante de *cœur*, á su *bibelot*, un baroncito español arruinado, muy joven, muy elegante, muy relamido.

—Mi bien, mi vida, ¿y tu esposo?

—Camino de París, buceando á través de la niebla. Tenemos más de cuatro horas.

—¡Oh!... ¡Dame tus labics! ¡Bonito principio de año!...

Y entraron en el gabinete, un gabinete moderno, con suelos alfombrados, rinconeras cargadas de *bibelots* y largos espejos con marcos afelpados. En un ángulo, bajo un pabellón de cortinas blancas, había una armadura completa que evocaba los trabajos y hazañas de un viejo héroe desconocido; con su casco coronado de plumas, calada la celada, los brazos rígidos á lo largo del brillante peto, inmóvil sobre sus piernas de acero. Los dos amantes, sentados en un diván, hablaban del pasado, tristemente, recordando las glorias de los buenos siglos medioevales.

—¡Oh, aquellos hombres eran extraordinarios! Los galanes de ahora no son tan fuertes... Luego, tuvo el capricho de que Alberto,

LOS TRASNOCHADORES



El de atrás.—¡Pero cómo nos divertimos!

su amante de *cœur*, su juguete, el relamido pisaverde español, se metiese dentro de la armadura.

—Anda, tienes tiempo de complacerme; así podré fingirme la ilusión de que soy una dama castellana á quien un caballero que vuelve del torneo viene á robar.

Alberto descompuso la armadura y, entre grandes risas, procedió á la difícil tarea de vestírsela. De pronto, en el momento más crítico, la doncella entró en el gabinete anunciando con grandes aspavientos la llegada de M. D.

—¿Qué hago, qué hago:—repetía el salár

—Súbete aquí—murmuró Joaquina ayudando á su amante á subir sobre el pedestal en que la armadura estuvo colocada—; súbete y no te muevas.

M. D. venía muy impresionado de una

reunión espiritista, en donde los espíritus errabundos de Nelson y Kléber estuvieron hablando con él de igual á igual, refiriéndole hazañas terribles. La conversación del matrimonio fué larga; Alberto, cansado, hizo un pequeño movimiento, y D., que lo advirtió, lanzó un grito:

—¡Mira..., mira!—repetía.

Joaquina se había puesto en pie; M. D. y ella, [reculando, fueron á colocarse tras un diván.

Había llegado el momento de errar ó quitar el bañco. Alberto así lo comprendió, y apeándose lentamente de su pedestal, á largas zancadas, llenas de majestad, atravesó el salón.

Julio Mata.

Neris les Bais, 20 de Octubre.



Ella.—Oye, niño, me estás costando mucho dinero para nada.

Él.—Pero no seas lila: ¿tú crees que yo no comeré con los toros?

Ella.—¡Como no te vayas á pastar á la Muñoza!...

LA MIRADA TERRIBLE

POR *Le Journal* de hace unos días he sabido el suceso.

Un caso criminal de hipnotismo acaba de ocurrir en una de las viejas casucas que aun permanecen adosadas á los muros de Saint-Etienne-du-Mont.

Hace dos semanas se presentó allí un individuo de cierta edad, modestamente vestido, preguntando por Mme. X., viuda con cinco hijos. La portera le indicó el cuarto que Mme. X. ocupa, y el desconocido subió.

—Señora—dijo—, no extrañe usted mi visita; yo estoy empleado en la Sociedad benéfica de las Señoras de Francia. Allí hemos tenido noticia (ignoro por qué conducto) de que se hallaba usted en una situación difícil, y vengo á informarme por mí mismo de la verdad. Aunque, por lo visto—agregó lanzando en torno suyo una mirada inquisitiva—, creo que no me han engañado.

Entonces Mme. X., algo emocionada bajo la mirada escrutadora y penetrante de su protector, empezó á referir sus cuitas: había enviudado hacía cuatro años; la mayor de sus hijas estaba sirviendo; la segunda, Luisa, que apenas contaba diez y seis años, cuidaba de la casa y de sus tres hermanos menores; ella ganaba, lavando en las *Halles*, el pan cotidiano...

El visitante, muy conmovido, besó y acarició á los niños, quedando en volver al día siguiente con cuantos donativos pudiese obtener de la benéfica Sociedad.

—No venga usted antes de las once—dijo madame X.—, porque hasta esa hora no salgo de mi trabajo.

—Conformes—repuso él—; cuente usted desde luego con que le traeré zapatos y alguna ropa.



—¿De que son esas manchas moradas que tienes en los hombros?...

—¡Por Dios, mamá! ¡No te alarmes que no es lo que tú *chupones!*

Y se marchó, dejando encantada con sus amabilidades á la pobre lavandera.

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, el sátiro llamaba á la puerta de Mme. X.

—Mi madre no está—dijo Luisa desde dentro.

—Abra usted; soy yo.

—Estoy á medio vestir... Espere usted un momento.

—No puedo esperar. Abra usted en seguida...

Cohibida por el acento imperioso del visitante, la pobre niña, que estaba casi desnuda, abrió. Entonces el desconocido se arrojó sobre



Si fuera de carne, no sería bacante ni un minuto.

MARIE
ENSEÑA
EL
CORTE
25 PIS LECCION



Demetrio

—¡Reccrecho! El corte de esta francesita debe de ser una cosa estupenda!

ella, y cogiéndola por las muñecas, la miró á los ojos tan de cerca y con tal intensidad, que la infeliz cayó instantáneamente en estado cataléptico. Los niños, testigos de la escena, empezaron á llorar; pero el violador, impávido, continuó y consumó su inmundada hazaña empujando á la joven sobre el colchón en que duerme toda la familia.

Cuando Mme. X. volvió de la calle, encontró á su hija dormida y ajena al horrible atentado de que había sido víctima. Pero los médicos han comprobado el necho. El comisario de Policía de la Sorbona entiende en el asunto.

Y aquí me asalta á mí una duda: ¿Este hombre es un ladrón de honras, un miserable que explota el fuego de sus ojos, ó simplemente un conquistador tan merecedor de que se le admire como D. Luis de Tapia ó

nuestro caricaturista *Demetrio*, que también con una mirada las vencen por guapos?

Fernando Amado.

París, 20 Octubre.



ANTICIPOS

Este anuncio, un prestamista en la Prensa ha publicado: "Del propio capitalista se da dinero al contado para imperiosas ayudas con un módico interés. A las huérfanas y viudas se les adelanta el mes."

Mariano del Todo y Herrero



Demetrio

—Bueno; yo le doy mil pesetas por la casquería; ¿pero me ha dicho usted la verdad?

—Le hablo á usted con el corazón en la mano.

SUPERSTICIOSA

NUESTRA *deliciosa* Purita O, recién llegada de Biarritz, donde la temporada de verano fué para ella, según crónicas fidedignas aseguran, muy productiva, tiene ahora „el santo de espaldas„.

La *exquisita* había oído decir que en la calle del Rastro vivía una vieja adivinadora y habilísima echadora de naipes que entendía de augurios y leía en lo porvenir de corrido. Y Purita, que, según íntimas amigas suyas me aseguran, anda enamorada de un soltero guapo, rico y hasta un poco noble, quiso saber á qué atenerse. La adivinadora prometió responder á todo y satisfacer sus curiosidades punto por punto, siempre que su linda cliente la diese quinientas pesetas. Purita accedió, y soltó los dos mil reales. ¿Quién, teniendo fe, no hubiera hecho otro tanto?

Entonces dió comienzo uno de esos gra-



—Oye: dile al marqués que es inútil insistir, y que nada conseguirá como no llegue á los tres.

ciosos diálogos que las hechiceras gitanas saben derigir perfectamente.

—Tú has mamado mucho tiempo.

—Catorce meses.

—A los pocos días de nacida, sufriste una



El.—¡Buen abrigo!

Ella.—Pues mira: por fuera está hecho con piel de zorra...

El.—Eso salta á la vista; pero ¿y por dentro?

Ella.—Por dentro, con pelo de conejo.

enfermedad y corriste peligro de muerte.

—No me acuerdo.

—Eres hija de una mujer morena, que fué muy honrada, y de un buen mozo.

—Es verdad...

Purita respondía ingenuamente, sin advertir la necia vaguedad de aquellas afirmaciones, al parecer rotundas. La adivinadora prosiguió mientras miraba la mano izquierda de su cliente:

—Aquí tenemos las líneas de la muerte, del pensamiento y del corazón. Tú has sufrido y llorado bastante por un hombre; pero eres ingrata, porque también has hecho su-

frir. Espera; voy á decírtelo todo: uno... dos... tres... cuatro... cinco... Pasan de nueve los hombres que han llorado por ti.

La *desnudable*, acariciada en su amor propio, sonreía ufana. La sibila continuó hablando. La entrevista duró una hora.

—Niña—concluyó la vieja—, tu estrella es excelente. Haz lo que voy á decirte: Si hoy, antes de las doce de la noche, consigues encontrarte con un jorobado y tocarle la joroba tres veces, morirás millonaria.

Purita O salió á la calle. Eran las siete de la tarde. Llovía. La joven, en vez de tomar un coche, echó calle de Toledo arriba, buscando un jorobado, pues no había tiempo que perder. Al llegar á la Puerta del Sol, vió uno que, recatado en el quicio de una puerta, vendía á bajo precio números diferentes de *hebdomadarios ilustrados*. Purita se acercó á él, y, descaradamente, con la resolución de quien va á conquistar la felicidad de toda su vida, le tocó la joroba tres veces.

Por la noche, la joven fué á Apolo; la salir de allí, unos amigos la llevaron á Fornos, y en la broma perdió un cintillo de piedras finas tasado en cuatro mil quinientas pesetas.

Al día siguiente, su camarera desapareció, llevándose dos mantones de Manila y un servicio de plata.

Dos días después la robaron el portamonedas con catorce duros, y un amigo suyo, á quien convidó á cenar en su casa y que había bebido mucho, la estropeó una alfombra magnífica.

Tantos contratiempos exasperaron á Purita, que volvió á casa de la adivinadora, dispuesta á arrastrarla del pelo.

—Me has engañado—dijo—; desde que seguí tu consejo, "la negra," me acosa.

La gitana replicó gravemente:

—No puede ser.

—¿Cómo no?

—¿Era jorobado ese individuo que encontraste en la Puerta del Sol?

—Sí.

—¿Y le tocaste la joroba tres veces?

—Tres veces.

—Pues te repito que has hecho tu felicidad. Pero como Pura no se conformaba y sus nervios coléricos fueran exaltándose, la adivinadora, para tranquilizarla, dijo que quería conocer al jorobado vendedor de periódicos. La joven accedió.

La tarde era desapacible. Llovía. Las calles estaban enlodadas. Purita caminaba pisando corto y con las faldas muy recogidas y ajustadas á las ondulantes caderas.



El padre.—¡Ya te he dicho que no quiero novios!

La niña.—¡Claro! Tú, ¿para que los quieres?

Al llegar á la Puerta del Sol, sus lindos ojos atisbadores descubrieron al vendedor sobre cuya joroba había pensado coger la suerte.

—¡Ahí está!—gritó.

La gitana miró y se echó á reír.

—Ese no es jorobado—dijo—: le conozco bien; parece jorobado porque se pone los periódicos sobre la espalda y sobre el pecho, entre la ropa, para que no se le mojen...

Lo desesperante es que la adivinadora tenía razón. ¡Pobre Purita!

Luis de Ossa.

Lea usted el jueves en **EL LIBRO POPULAR**

DE TELÓN ADENTRO

(Historia de ciertos amores...)

por **Ramón Asensio Mas.**

20 CÉNTIMOS

Las pícaras cabras...



El juez municipal de Val de Santo Domingo (Toledo), Sr. Escobar, que, según parece, ha dirigido un comunicado á la *La Liga Agraria* rectificando juicios emitidos por la notable publicación á propósito de su gestión, y que no ha logrado que se publique, apelando á nuestra amistad, quiere que lo insertemos en LA HOJA DE PARRA.

No creemos que el hecho de que á un pastor se le vayan las cabras y se metan en un predio vedado sea motivo bastante para tanto disgusto; pero claro que ante la amistad nos rendimos, y ahí va el comunicado en cuestión:

«Sr. Director de *La Liga Agraria*.

Muy señor mío: Como juez municipal de este pueblo y directamente aludido en el suelto que publica en el nú. 1.115 de su ilustrado periódico, correspondiente al 30 del pasado mes, bajo el epígrafe de «Atropellos brutales», le ruego la inserción de las siguientes líneas, apelando en primer término á su rectitud é imparcialidad, que exige oiga á las dos partes y, en último caso, á las disposiciones de la ley de Imprenta.

Empezaré con una advertencia. La simple lectura del suelto, su redacción chavacana, que en algunos párrafos llega al ridículo, su deplorable sintaxis y la forma grosera de sus acusaciones, desdican de tal modo de la cultura é ilustración demostrada siempre por *La Liga Agraria* en su ya larga historia, que desde luego se ve uno de esos casos en que, valiéndose de mejores ó peores artes, se sorprende la buena fe de una publicación.

No van, pues, en realidad, dedicadas las siguientes líneas á usted ni á la Redacción de ese periódico, sino á los ingeniosos inspiradores del infundio en cuestión.

Dejándonos de frases huecas y declamaciones pomposas, que á nada conducen ni nada prueban, se trata sencillamente de que un pastor ha entrado con su rebaño en una finca donde entiende el Juzgado municipal que no podía entrar y, por lo tanto, le ha impuesto el castigo que la ley marca.

Y preguntan los inspiradores del suelto: ¿Qué diría Napoleón si viviera?

La curiosidad no puede ser más legítima, y confieso que también la ha despertado en mí, porque, aunque conozco algo la historia del grande hombre, no recuerdo que ni de cónsul, ni luego de emperador, ni después en la isla de Elba, ni más tarde durante los Cien Días, ni, por último, en Santa Elena, dijese jamás nada ni manifestase su opinión respecto á la entrada de cabras ú ovejas en prados comunales.

Dicen después que D. Francisco Leyun, acaudalado propietario y hombre tan culto como de rectitud acrisolada (¡salude usted, señor Leyun!), se salvó por milagro de ir á la cárcel.

No hay nada de eso, ni hizo falta la intervención; divina para salvarle. Se salvó, pura y simplemente, porque en el acto del juicio declaró que él, como dueño del ganado, no había mandado al pastor entrar en la finca; en otros términos, que el pastor entró por su cuenta y riesgo; y, ante esta declaración, no desmentida por el pastor, claro está que éste era el único responsable, y éste fué castigado.

Dícese que antes del juicio había afirmado el Sr. Leyun lo contrario; pero como no me consta y no afirmo sino lo que puedo probar, no lo doy crédito.

Continúan afirmando mis detractores que también está encantado de las delicadas funciones administrativas y judiciales de este pueblo el diputado vecino D. César de la Mora. Aquí me asalta á mí otra duda parecida á la de Napoleón: ¿Qué quiere decir diputado vecino? ¿Vecino de quién? ¿Del Sr. Leyun? ¿De este pueblo? ¿Del pastor? ¿Del prado?

Otro párrafo que igualmente me preocupa. Afirmase que en los juicios, al llegar la petición de pena, arroja el fiscal un papelito sobre la mesa, que luego no puede leer. Aunque á primera vista parece que es la mesa la que no puede leer el papelito, supongo que se referirán al fiscal, y pregunto: ¿Por qué no podrá leer el señor fiscal el papelito? ¿Estará escrito el papelito en algún idioma extranjero? ¿Ó tendrá muy mala letra el encargado que escribió el papelito?

Aseguran, finalmente, que cuando alguien se acerca al Juzgado á formular una denuncia, es atracado y metido preso, y ponen como testigo á D. Juan Pablo Martín.

No es verdad. Ni con el Sr. Martín ni con nadie, absolutamente con nadie, se ha cometido el monstruoso atropello de reducirle á prisión por formular una denuncia.

Aquí termino sin entrar en el fondo de la cuestión, puesto que los acusadores prometen precisar sus acusaciones. Espero á que lo hagan, y no dudo que probarán lo que afirman, porque de este punto sí que se ocupó Napoleón, castigando en ocasiones la injuria y la calumnia.

Doy á usted anticipadamente, Sr. Director, las más expresivas gracias, y me ofrezco suyo, afectísimo s. s., q. s. m. b.,

JULIO S. ESCOBAR.»

Insistimos en hallar disculpa para el pastor á quien se le fueron las cabras, metiéndose en un predio vedado, tal vez por suponer que en aquel momento leía el hombre LA HOJA DE PARRA...

Y pensamos, con cierta preocupación, lo que ocurriría si nuestro amigo Escobar fuese el encargado de castigar á todos los lectores de LA HOJA que sufran idéntico descuido...

**NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
APARTADO 547**

EST. TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL